

Julie Klassen

Un invierno junto al mar



A Nigel Hyman y a todos los trabajadores y voluntarios del museo de Sidmouth, por mostrarse tan generosos y serviciales en la investigación y la revisión de las novelas de esta saga.

«Todavía sigo bañándome [en el mar] a pesar de la severidad del clima, las heladas y la nieve, lo cual considero bastante valiente por mi parte».

ELIZA DE FEUILLIDE
(prima de Jane Austen)

«Deberían contar con un secretario ingenioso que redacte sus despachos en caso de que ustedes mismos no estén cualificados para hacerlo. Este caballero podría llegar a sacarlos de un apuro».

FRANCIS GROSE,
Consejos a los oficiales del ejército británico

«Continúa haciendo con tu pluma lo que en otros tiempos se hacía con la espada».


THOMAS JEFFERSON,
carta a Thomas Paine

Capítulo 1

«Muchos de los que llevan espada al cinto tienen miedo de la pluma».

WILLIAM SHAKESPEARE,
Hamlet

Octubre, 1819

 Si una pluma era más fuerte que una espada, como afirmaba Shakespeare, entonces también tenía que ser más poderosa que una aguja.

Emily Summers reflexionaba sobre ello sentada en el salón, mientras escribía en un cuaderno. A su alrededor, su madre y sus hermanas cosían todas juntas mientras tomaban el té y mantenían una agradable conversación. Incluso Viola, su hermana melliza, que había contraído matrimonio recientemente, había venido desde Westmount con su bolsa de labores para unirse a ellas. Solo su hermana mayor, Claire, estaba ausente.

A Emily no le gustaba coser y, a excepción de un dechado¹ infantil que había completado años atrás, evitaba siempre que podía la tarea. La única de su familia menos hábil con la aguja que ella era la menor de las hermanas, Georgiana, de dieciséis años, que estaba inclinada sobre un pedazo de tela y una maraña de hilos que se suponía que debía convertirse en su dechado. Su madre les exigía que terminaran al menos uno, pues insistía en que todas las jóvenes debían dominar el bordado.

Viendo la suerte de nido de pájaros que estaba haciendo Georgie, todo lleno de hilos enredados, Emily no tenía muy claro que las aspiraciones de su madre fueran a llegar a buen puerto. Tampoco es que el que había bordado ella en su momento hubiera sido mucho mejor. Su madre ni siquiera se había molestado en enmarcarlo como había hecho con los de las

1 N. de la Trad.: Un dechado o muestrario es un paño con distintas muestras de costura o bordados que se hace al aprender a coser.

demás. El de Viola y el de Sarah seguían colgados en su habitación aún hoy en día. Aunque es cierto que Emily no tenía ni idea de adónde había ido a parar el de Claire.

A pesar de la acogedora charla que la envolvía y del té caliente que se estaba tomando, Emily sintió que se le formaba un nudo frío en el pecho. Era señal de que se había percatado de que faltaba algo o alguien... o más concretamente, de que echaba de menos a dos personas.

Se detuvo a reflexionar sobre lo que sentía. Hacía tiempo que deseaba tres cosas en la vida: reencontrarse con su hermana mayor, regresar a May Hill y casarse con Charles Parker, y convertirse en una escritora publicada. Aunque dudaba mucho de que alguna de esas tres cosas llegara a suceder. Claire vivía exiliada en Escocia tras una fuga que había resultado un desastre y Charles, el vecino al que Emily siempre había amado, le había roto el corazón al romper lazos con su familia ante el riesgo de que estallara el escándalo. Sin embargo, el más inalcanzable de sus objetivos parecía el último.

Emily dejó escapar un suspiro y tachó unas cuantas líneas más de la novela que intentaba escribir. Se sentía como el dechado de Georgiana: hecha un lío.

Dándose por vencida, devolvió la pluma al soporte, dejó el cuaderno a un lado y tomó un libro. Había empezado a leer una nueva obra que el señor Wallis había publicado recientemente. Se titulaba *Paisajes de la costa sur de Devonshire; con vistas panorámicas de los lugares de baño de moda: Sidmouth, Budleigh Salterton, Exmouth, Dawlish, Teignmouth y Torquay*.² Emily no alcanzaba a entender por qué los autores insistían en poner títulos tan largos.

No había estado en todas las localidades mencionadas en el libro, pero las descripciones despertaban su interés y esperaba poder visitarlas algún día.

Al pensar en viajar, su pensamiento voló hacia su hermana melliza.

—¿Has hecho algún progreso en convencer al mayor para hacer un viaje de novios? —le preguntó.

Viola se encogió de hombros como restándole importancia al asunto y mantuvo la mirada fija en la nueva camisa que estaba cosiendo para su marido.

2 N. de la Trad: *Scenery on the Southern Coast of Devonshire; Comprising Picturesque Views, at or near the Fashionable Watering Places: Sidmouth, Budleigh Salterton, Exmouth, Dawlish, Teignmouth y Torquay*, escrito por H. Haseler, ilustrado por H. Cornish, editado por J. Wallis y publicado en 1819. La obra recoge una selección de los principales lugares de baño de la costa sur de Devonshire y cada descripción va acompañada de un grabado al aguatinta.

—Jack no tiene ganas de viajar. No por ahora, al menos. Ya ha tenido bastante con el viaje a la India y con la vuelta. —Se volvió hacia su hermana mayor—. ¿Me pasas las tijeras, por favor?

Sarah hizo una pausa en su bordado para hacer lo que le pedía.

Viola cortó un hilo y luego dirigió la mirada hacia el volumen que Emily tenía en el regazo.

—¿Qué tal el nuevo libro del señor Wallis?

—Interesante. Aunque el resultado habría sido mucho mejor si lo hubieran revisado a conciencia. Me han llamado la atención varias repeticiones y en algunos fragmentos faltan palabras.

Viola asintió.

—Sé que ya te lo he dicho otras veces, pero deberías ofrecerle tus servicios como correctora.

—Dudo que apreciara mi intromisión —repuso Emily—. No todo el mundo admira mi capacidad para señalar los errores de los demás. —Y le guiñó un ojo a Viola, que siempre había sido el blanco de las críticas de Emily. Por suerte, su relación había mejorado durante el último año.

—Tal vez si conociera tu talento, también estaría dispuesto a publicar tu novela... Bueno, si alguna vez la terminas, claro.

Emilyladeó la cabeza y escrutó el rostro de su hermana.

—¿Por qué tanta prisa por encontrarme un empleo? Apenas tengo tiempo libre.

Georgiana tomó la palabra.

—Es lo justo. Después de todo, tú le encontraste un empleo a Vi cuando pusiste ese anuncio sin que ella lo supiera.

—Tenéis que admitir que salió bastante bien —se defendió Emily.

Su melliza levantó la vista de la aguja con un ligero rubor en las mejillas y una sonrisita en los labios que apenas se esforzó en disimular.

—Desde luego que sí.

Viola había nacido con labio leporino. Aunque aquel defecto se había corregido tras varias operaciones, le había quedado una cicatriz vertical que bajaba desde el orificio la nariz hasta la boca y tenía el labio superior un poco más corto, si bien ambos detalles eran prácticamente imperceptibles. Aun así, Viola siempre había evitado el contacto con toda persona ajena a la familia y casi había vivido como si fuera una reclusa. A regañadientes, había empezado a leer para inválidos después de que su hermana publicara aquel anuncio. Gracias a ello, había conocido a su futuro marido,

había entablado una estrecha amistad con una mujer que vivía en el asilo para pobres y su vida había dado un giro muy positivo.

¿Cambiaría también la vida de Emily si conseguía un nuevo empleo?

—Puedo hablar con él por ti, si quieres —se ofreció Viola—. Para devolverte el favor.

—No, gracias. Puedo hablar yo misma con el señor Wallis... si así lo decido. No sé si tendré tiempo de corregir para él con todas las responsabilidades que ya tengo.

A su lado, la señora Summers refunfuñaba mientras se esforzaba en volver a pasar el hilo por el diminuto ojo de la aguja, luego levantó la vista y las miró por encima de sus gafas de medialuna.

—En realidad, este podría ser un buen momento. Las cosas se han tranquilizado ahora que ha llegado el otoño. Es cierto que algunas personas vienen a pasar aquí el invierno, pero es poco probable que tengamos mucho ajetreo durante los meses más fríos, especialmente en Navidad.

—Me lo pensaré —resolvió Emily y volvió a sumirse en su libro.

Tras unos minutos de agradable silencio, sonó la aldaba de la puerta principal. Sin perder ni un segundo, Georgiana dejó a un lado sus labores para ir a abrir, a pesar de que la criada, Jessie, lo habría hecho si le hubiera dado la oportunidad.

Un momento más tarde, su amiga y antigua dama de compañía irrumpió en el salón visiblemente nerviosa. Georgiana se apresuró a entrar tras ella.

—¡Traigo noticias asombrosas! —proclamó Fran Stirling—. Estaba deseando contárselas. Ni se lo imaginan. ¡Van a tener vecinos de la realeza!

—¿Vecinos de la realeza? ¿Además de Viola, quiere decir? —bromeó Emily.

—Sí, aún más. ¿Se lo pueden creer?

La señora Summers se enderezó en su asiento.

—No puede tratarse del príncipe regente... No cuando dispone del pabellón real de Brighton.³

—No. —Fran luchó por contener una sonrisa impaciente—. Se trata de uno de sus hermanos. El duque de Kent, su esposa y su hijita, que no es más que un bebé. Por no hablar de todo un séquito de sirvientes.

—¿Y dónde se alojarán? —preguntó Sarah. A continuación dio unos golpecitos con la mano en una butaca a su lado indicándole a Fran que tomara asiento junto a ella.

3 N. de la Trad.: El Brighton Pavilion («pabellón de Brighton»), también conocido como Royal Pavilion («pabellón real») es una antigua residencia real construida en el siglo XIX como retiro a orillas del mar para Jorge IV de Inglaterra, entonces aún príncipe regente.

—En Woolbrook Cottage.⁴

—¡No! —exclamó Viola—. Eso está justo al lado de nuestra casa.

Fran asintió, con la mirada chispeante.

—El general Baynes se la ha arrendado durante el invierno, aunque se supone que es un secreto.

—Entonces, ¿cómo se ha enterado? —preguntó Sarah, no muy sorprendida en realidad, pues la señorita Stirling parecía conocer a todos en el pueblo y se enteraba de las últimas novedades mucho antes que ellas.

—El general contrató al señor Farrant para llevar a cabo algunas reparaciones en la propiedad antes de que llegaran Sus Altezas Reales.

—Ah —exclamó Sarah con una sonrisa—. Usted siempre conoce a la persona adecuada...

La señora Summers meneó la cabeza, pensativa.

—Y nosotras creyendo que sería un invierno de lo más tranquilo...



Al día siguiente, mientras Sarah y Emily recogían el comedor después del almuerzo, alguien llamó a la puerta principal con tres golpes secos.

Sarah y su hermana cruzaron una mirada y se dirigieron a toda prisa a la sala de estar para recibir a los inesperados visitantes. Su madre y Georgiana se unieron a ellas justo cuando Jessie hacía pasar a dos desconocidos de gran estatura a la sala donde ellas se encontraban.

La joven doncella, con los ojos muy abiertos y miedosos, anunció con voz temblorosa:

—El capitán... algo y... ¡Oh, se me ha olvidado! —chilló antes de darse la vuelta y salir corriendo de la habitación.

El mayor de los recién llegados, que rondaría los treinta años, la siguió con la mirada con el ceño fruncido.

—¿La muchacha es débil mental?

A Sarah se le encendieron las mejillas de vergüenza e indignación, pero logró responder con calma.

—Ni mucho menos. Es solo que es muy impresionable.

⁴ N. de la Trad.: El edificio original, King's Cottage, era un humilde caserío con algunos edificios anexos, construido en 1700 por un tal señor King. En 1817, el general Baynes adquirió la propiedad, amplió los terrenos y remodeló el edificio principal. Durante la estancia del duque que se relata en la novela, la propiedad se llamaba Woolbrook Cottage o Woolbrook Glen. Más tarde, en 1883 lo convirtieron en una pensión. Desde 1938 el establecimiento se llama The Royal Glen Hotel.

—Ah. —El hombre pareció tomarse las palabras de Sarah como un cumplido y cuadró los anchos hombros que tenía todavía más. Vestía de paisano, pero poseía un autoritario porte militar y una expresión severa.

Luego le lanzó una mirada al hombre que lo acompañaba, que era casi igual de alto que él, pero más joven. Y este obedeció la orden silenciosa y completó las presentaciones con una voz grave y elocuente.

—Este es el capitán John Conroy, escudero real⁵ del duque de Kent y Strathearn. Y yo soy James Thomson, el secretario privado.

Ambos hombres se inclinaron ante ellas con elegancia.

La señora Summers les correspondió con una inclinación de cabeza, mientras Emily hacía una reverencia, sin despegar la mirada del apuesto rostro del más joven. Unos instantes más tarde, Georgiana se incorporó atropelladamente y siguió el ejemplo de Emily, aunque con mucha menos gracia.

Sarah entrelazó las manos para ocultar su nerviosismo.

—Soy la señorita Sarah Summers. Esta es mi madre, la señora Summers, y estas son mis hermanas. ¿En qué podemos ayudarles, caballeros?

Con una enérgica inclinación de cabeza, el capitán respondió:

—A la duquesa de Kent le conviene un clima más suave para su salud. Por consiguiente, Su Alteza Real y yo hemos decidido que Sidmouth puede ser una maravillosa residencia invernal.

—Ya lo sabemos —soltó Georgiana.

El hombre frunció el ceño y clavó en ella una mirada desconfiada.

—¿Quién se lo ha dicho? La noticia aún no se ha hecho pública.

—Yo... Bueno, nuestra...

Sarah apretó la mano de Georgie para frenarla, pues no quería causarle ningún problema a la señorita Stirling.

—Es normal. Las buenas noticias vuelan —dijo el secretario, tratando claramente de suavizar las cosas—. Puede que lo haya mencionado el general Baynes, o el agente de la propiedad o incluso alguno de los comerciantes que hemos contactado.

—Desde luego —dijo Sarah—. Estamos muy emocionadas.

—Es un honor para todos nosotros —añadió su madre.

El capitán resopló antes de proseguir:

—Sus Altezas Reales residirán en Woolbrook Cottage con tantos asistentes como el edificio pueda albergar, que por desgracia no son todos. El

5 N. de la Trad.: Históricamente, el término *equerry* aludía al encargado de los caballos de una persona de alto rango en la sociedad británica, una suerte de palafrenero en alta consideración. En la actualidad, alude al asistente personal del soberano o de un miembro cercano de la familia real.

duque viaja con un amplio séquito de sirvientes, consejeros, etcétera, etcétera. También hemos alquilado una casa en Fortfield Terrace para el personal de mayor categoría, pero necesitamos alojamiento para algunos más. Tenemos entendido que ustedes regentan aquí una especie de pensión.

—Así es —concordó la señora Summers—, aunque preferimos el término «casa de huéspedes».

Él hizo caso omiso.

—¿Cuántas habitaciones tienen disponibles?

Todos miraron a Sarah.

—Contamos con seis habitaciones a disposición de los huéspedes —explicó ella—. Siete, si tenemos en cuenta un pequeño cuarto contiguo. Ahora mismo, tres de ellas están ocupadas, pero a finales de mes estarán libres todas menos una.

Entre los huéspedes actuales se encontraban el señor y la señora Johnson, que compartían una de las habitaciones, mientras que sus hijos gemelos dormían en el cuarto contiguo. La familia planeaba quedarse con ellos hasta octubre. Su otro huésped era el señor Hornbeam, pero, por el momento, no parecía tener previsto marcharse.

—¿Para cuándo necesitarían alojamiento? —les preguntó a los hombres.

—Hasta diciembre no nos hará falta.

—¿Les gustaría ver las habitaciones?

El capitán Conroy declinó la invitación con la mano.

—No hace falta. Estoy seguro de que serán suficientes para el personal de menor categoría. Lo primordial es la proximidad a Woolbrook. Calculo que necesitaremos tres o cuatro habitaciones.

—¿Y las fechas concretas?

—Todavía están por determinar. El señor Thomson le escribirá y la informará de todos los detalles pertinentes una vez que se ultimen los preparativos.

Sarah dudó. ¿Tenían que reservar cuatro habitaciones sin fecha de llegada concreta? Se sintió tentada a protestar, a decirles que no podían comprometerse a guardarles las habitaciones si no les garantizaban unas fechas, pero la fiera expresión del rostro del capitán Conroy la desanimó.

Además, como había señalado su madre, las cosas se habían tranquilizado y quedaban muy pocos huéspedes. No podían permitirse el lujo de poner en peligro la posibilidad de tener tres o cuatro habitaciones ocupadas durante todo el invierno.

—Está bien —concluyó finalmente Sarah—. Quedamos a la espera de sus instrucciones.

Capítulo 2

«John Wallis, propietario de una de las bibliotecas, no desaprovechaba la oportunidad de poder añadir el adjetivo “real” a su establecimiento».

NIGEL HYMAN,
Sidmouth's Royal Connections



Con las palabras de Viola resonando en su cabeza, Emily se encaminó a la biblioteca del señor Wallis para hablar con su dueño, respetado editor y librero local.

El hombre, de unos cuarenta años y viudo, era de complexión menuda, llevaba gafas y tenía un rostro delgado que denotaba inteligencia. Las mujeres solteras acudían en masa a su biblioteca, pero Emily nunca lo había visto mostrar el menor interés romántico por ninguna de ellas. Parecía tener la atención firmemente puesta en sus dos hijos y en sus numerosos proyectos editoriales.

Mientras otras mujeres alababan sus historias sobre visitantes célebres, Emily siempre había estado más interesada en los autores a los que Wallis había conocido a lo largo de los años. Durante los doce meses que las Summers llevaban viviendo en Sidmouth, Emily y el señor Wallis habían disfrutado de muchas conversaciones sobre libros y escritores. Seguramente él se había dado cuenta de lo leída que era. ¿Llevaría razón Viola? ¿Estaría él dispuesto a permitirle revisar sus futuras obras, tal vez corrigiendo las galeras cuando llegaran de la imprenta? De ser así, ella estaría encantada de ganar algo de dinero mientras aprendía todo lo que podía sobre el mundo editorial.

Cuando llegó al establecimiento, Emily entró con paso vacilante. El tintineo de la puerta de la biblioteca normalmente le producía un estremecimiento de placer, pero hoy no fue así. Estaba demasiado nerviosa.

Una vez dentro, echó un vistazo al escritorio y se asomó por entre las estanterías de juegos, mapas y periódicos. Sin embargo, no vio ni al señor Wallis ni a su empleado. En cambio, vio al mayor de los dos hijos

adolescentes del bibliotecario sentado en un taburete, balanceando ociosamente los pies.

Tal vez el señor Wallis había subido a por algo a la planta de arriba y volvería en cualquier momento. Se acercó al muchacho.

—Buenos días. ¿Está por aquí tu padre?

—No, señorita. Ha quedado con alguien en el Hotel York. Yo tengo que quedarme aquí y vigilar la caja.

—Ya veo. ¿Y volverá pronto?

—No lo sé.

—De acuerdo. Ánimo con el trabajo. Lo estás haciendo muy bien.

Se despidió del muchacho con una sonrisa y salió del establecimiento. Se preguntó con quién estaría reunido el señor Wallis: ¿con otro escritor célebre, tal vez? La mera idea de que así fuera le levantó el ánimo.

Prosiguió su camino hacia el este por el paseo marítimo, en dirección al gran hotel que había frente al mar. Un poco más allá se encontraba la otra biblioteca de Sidmouth, en la que Emily nunca había entrado. Las arcas de su familia no alcanzaban para pagar la cuota de dos bibliotecas circulantes.⁶

Cuando entró en el vestíbulo del Hotel York, no vio a nadie, pero se guio por el murmullo de unas voces hasta llegar a una puerta entreabierta frente al mostrador de recepción. La habitación al otro lado parecía una salita privada, con las paredes forradas de papel de color crema y azul, muebles de maderas nobles tapizados y un reloj de pared de caja larga. Ahí estaba el señor Wallis, hablando con otros tres hombres, y sobre una mesa ante ellos, dos largos grabados.

Frente a la figura menuda y el aspecto erudito del señor Wallis, los otros tres caballeros hacían gala de una buena estatura y un porte masculino y erguido. Emily reconoció a los dos más altos porque habían estado en Sea View: el imponente capitán Conroy y el apuesto secretario privado del duque. Entonces dirigió la mirada hacia el tercer hombre, de mayor edad, al que todos parecían prestar atención. Le resultaba vagamente familiar, con aquella complexión robusta, la calva y las gruesas patillas en forma de L. Entonces cayó en la cuenta: no se trataba de ningún escritor célebre, sino del mismísimo príncipe Eduardo, duque de Kent.

6 N. de la Trad.: Hasta que en 1850 se promulgó en Reino Unido una ley que establecía la creación de bibliotecas municipales, era normal que los escasos establecimientos de este tipo tuvieran fondos privados. Las bibliotecas circulantes subsistían gracias a las donaciones y a las cuotas que los miembros abonaban para poder llevarse los libros a casa.

Emily había visto retratos del exmilitar en los periódicos, aunque la mayoría de las veces eran caricaturas más bien poco favorecedoras.

—Alteza Real —dijo el señor Wallis—, permítame hacerle entrega de este grabado del elogiado paisaje de Sidmouth que he encargado al famoso artista Hubert Cornish.

El príncipe mostró su clara aprobación y contestó amablemente:

—Será un placer mostrárselo a mi esposa.

Siguieron hablando, y pocos minutos después concluyó la reunión. El capitán Conroy fue el primero en volverse hacia la puerta. Emily se apartó apresuradamente, pero no fue lo bastante rápida como para evitar que él reparara en su presencia y expresara su clara desaprobación con sus ojos negros.

Conforme los tres visitantes abandonaban la sala y se dirigían afuera, el secretario privado del duque la miró y la saludó con una leve inclinación de cabeza.

El señor Wallis fue el último en salir. Estaba exultante y exhausto a la vez. Se detuvo al verla.

—Ah, señorita Summers.

—Qué augusta compañía tiene —dijo ella.

—¿Sabe quién era?

—Eso creo.

—No debería decir nada. No por el momento.

—Si se refiere al hecho de que ciertos miembros de la realeza van a venir de visita Sidmouth, ya estoy al tanto. Al menos en parte —le confió ella.

—¿Ah, sí? —La miró perplejo desde detrás de sus pequeñas lentes rectangulares—. ¿Y cómo es que está al tanto de esa información?

—Resulta que algunos empleados se alojarán en Sea View.

—Ah, ya veo.

Emily señaló la habitación de la que acababan de salir.

—¿Y cómo se las ha arreglado para concertar semejante reunión?

Él se aproximó a ella y le comentó lo siguiente en voz baja, con semblante animado:

—Me alegro de que sepa quién ha venido, porque creo que si no lo cuento, reviento. Cuando el general Baynes me comentó en confianza que cierta persona vendría de visita a Sidmouth para tantear algunas propiedades, tuve la audacia de escribir a Su Alteza Real para invitarla a que se reuniera aquí conmigo, y así poder obsequiarle con un grabado de Sidmouth. Nada me ha impresionado nunca tanto como que su secretario me contestara aceptando la invitación. ¡Menudo privilegio!

—Bien hecho —lo elogió ella.

En ese mismo instante, Emily decidió que aquel no era el mejor momento para comentarle los errores que había encontrado en su última publicación.

En lugar de eso, salió con él del hotel en silencio. En el paseo marítimo, Emily miró hacia la playa y vio a un hombre en la orilla que solo llevaba encima una toalla enrollada a la cintura. No pudo evitar soltar un grito ahogado.

El hombre semidesnudo fue a por un largo batín de flores que había dejado en una roca, se lo puso y se ajustó los puños ribeteados de terciopelo.

Emprendió la marcha hacia ellos. Llevaba la bata entreabierta; el cinturón suelto, ondulando a su paso; y la parte central del pecho, al descubierto.

El señor Wallis se volvió para ver qué había llamado la atención de Emily y frunció el ceño.

—Pero será fantoche... —murmuró.

Al hombre le caía el cabello oscuro y rizado sobre la frente. Unas patillas largas y muy angulosas le enmarcaban un rostro que, aunque no era atractivo, resultaba interesante, con aquella nariz casi aguileña, cuya parte central descendía hacia los labios.

Mientras él se acercaba hasta donde ellos se encontraban, el señor Wallis le dedicó a Emily una sonrisa irónica.

—Ah, Wallis. Tendría que haberse metido conmigo. No hay nada más refrescante que un vigorizante chapuzón en el mar. El choque térmico con el agua fría hace que la sangre se retire momentáneamente de la piel y que luego vuelva de inmediato a la superficie. —Se golpeó el pecho con el puño—. Ahora todo mi cuerpo resplandece de energía y vitalidad. En cambio, usted... —Recorrió la enjuta figura de Wallis con una mirada muy significativa, pero dejó la frase a medias.

Sin mostrar el menor pudor por su desnudez, le dedicó a Emily una leve inclinación de cabeza y un cortés «Señorita», y pasó de largo.

Ella se volvió y lo observó continuar con su camino por el paseo marítimo.

—¿Quién es? —preguntó, incómoda.

El señor Wallis frunció el ceño de nuevo.

—La competencia.



Cuando Emily regresó a Sea View unos minutos más tarde, oyó la voz cantarina del señor Gwilt en el salón y se imaginó que probablemente estaba entreteniendo de nuevo a los gemelos de los Johnson.

Cada vez que Emily veía a aquellos niños de diez años, se acordaba de su hermana melliza, aunque los pequeños se parecían mucho más entre ellos de lo que ella y Viola se habían parecido nunca. Su hermana tenía el cabello castaño rojizo y los ojos de color avellana, mientras que el pelo y los iris de Emily eran de color castaño oscuro. Viola también era un poco más pequeña, aunque ocupaba una gran parte del corazón de Emily. Ahora que su hermana se había casado y vivía con su marido, echaba de menos su presencia diaria. Por suerte, Westmount estaba a un corto paseo de Sea View, y las dos se visitaban a menudo.

El señor Gwilt había sido un huésped más el verano pasado, pero se había quedado con ellas, asumiendo a tiempo parcial las responsabilidades de contable y de ayudante de Lowen, el criado de las Summers, que cada vez se encontraba más frágil. Viudo, de unos cincuenta años, el señor Gwilt era un galés de baja estatura y carácter afable que siempre se mostraba amable con todo el mundo. No obstante, tenía una peculiaridad. Había llegado a Sea View con un acompañante que no dejaba indiferente a nadie: un loro enjaulado que conservaba un vívido aspecto gracias a los esfuerzos de un amigo taxidermista. Además, el hombre tenía la inquietante costumbre de hablar de su compañero emplumado e incluso de dirigirse a él como si todavía estuviera vivo.

Aunque al principio se había mostrado un poco suspicaz con él, Emily había acabado tomándole cariño a aquel hombre, sobre todo después de enterarse de que había pasado mucho tiempo cuidando de su esposa, que había perdido la memoria y el habla. Durante aquellos años de aislamiento silencioso, el señor Gwilt había empezado a hablar con *Parry* para mitigar la soledad. Y había conservado el hábito incluso después de que el ave hubiera muerto.

Esa costumbre había disminuido en los últimos meses conforme el señor Gwilt se iba encontrando cada vez más a gusto, integrándose en el servicio y convirtiéndose casi en uno más de la familia. Todavía mencionaba a *Parry* a menudo, pero consciente de que el animal ya no estaba vivo.

Cuando le habían ofrecido continuar su estancia como empleado, Sarah había insistido en que debía dejar al loro en la habitación que le habían dado en el sótano junto a la de Lowen y la cocinera.

No obstante, había hecho una excepción cuando la señora Johnson le había contado cuánto disfrutaban sus hijos de las aventuras de *Parry* que él inventaba para entretener a los niños durante los días de lluvia. Cuando los pequeños le habían preguntado si podían ver al loro, Sarah había cedido, pero solo durante la estancia de los Johnson, le había recordado.

Volviendo al presente, Emily se detuvo junto a la puerta abierta del salón y aguzó el oído. Desde allí, veía al loro en la percha de la jaula, sobre la mesita auxiliar, y al señor Gwilt en la butaca que había justo al lado. Los pequeños se habían arrodillado ante la mesa y contemplaban maravillados la colorida criatura.

—Cuando no era más grande que un pajarillo, *Parry* soñaba con ver mundo —les contaba el señor Gwilt—. Quería ser famoso, oh sí, así que se despidió de su isla natal y se marchó volando en busca de su destino. *Parry* voló y voló, pero por muy lejos que fuera, no encontraba tierra. Al final estaba tan cansado que tuvo que volver a casa.

»Entonces, un día, un barco atracó en la bahía. Los marineros se hicieron a la mar en unos botes y se acercaron remando a la isla en busca de fruta fresca y agua. El líder de aquel grupo de hombres tentó a *Parry* con un pedazo de mango para ver si se acercaba, entonces, cuando lo hizo, lo capturó y lo metió en una jaula. *Parry* estaba convencido de que su vida se terminaba ahí. Pronto desaparecería y ¡el mundo ya no se acordaría de él!

Emily lo escuchó con interés hasta que la señora Johnson apareció en el salón para decirles a los niños que era hora de vestirse para la cena. Los dos protestaron, pero el señor Gwilt les aseguró que continuaría con el relato en otra ocasión.

Él y Emily siguieron con la mirada al trío mientras se alejaba, y luego ella le preguntó:

—¿Ha pensado alguna vez en sentarse a escribir las aventuras de *Parry*? A juzgar por lo bien que las han recibido los Johnson, creo que podrían convertirse en un maravilloso libro infantil.

—No, mi niña. Me las voy inventando sobre la marcha, oh sí. No podría escribirlas. Soy un hombre de números, no de letras.

—Yo podría ayudarle.

—Oh, vamos. Usted ya tiene demasiadas cosas que hacer.

—No, ni mucho menos. Me encantaría. Y creo que a usted también.

—Bueno, supongo que podríamos intentarlo, cuando no me necesiten en otra parte.

—¡Excelente! —respondió Emily. Ese día no había conseguido avanzar en sus propias aspiraciones, pero la idea de ayudar a otra persona le levantó el ánimo.

Empezaron esa misma tarde.